

tiempo, de la vida y de la muerte, del sér y de la nada. Allí va á ventilarse la causa universal, la causa entre Dios y la criatura: allí se va á decidir la suerte del mundo, entre su verdadero Señor y el que se habia hecho usurpador: allí se va á resolver el inesplicable problema del antagonismo de los dos principios que desmiente toda la antigua sabiduría, que deja gemir al hombre en los sufrimientos de la duda, con el pecho oprimido como por una continua pesadilla.— ¿Veis al que pende de la cruz, pálido, abatido, cubierto de heridas, destrozado, sangriento?... Pues Él es toda la humanidad. Hé ahí al hombre, hé ahí el compendio de toda su historia; contempladle bien tal cual ha venido á ser bajo el imperio del mal, embruteciéndose, degradándose sin cesar por la violacion de la leyes de su naturaleza, y no dejando, en cierto modo, ninguna parte sana de él. ¿A quién han pertenecido y en qué vendrán á quedar esos restos informes, repugnantes y horribles? ¿Quién vendrá á reclamar esta podredumbre infecta, que parece ser espelida del seno del sér para desaparecer en las tenebrosas regiones de la nada? ¿El principio del bien podrá reconocernos aun por obra suya, y no estaremos marcados para siempre con el sello inmundo de la bestia? ¿Habremos sido vendidos para ser esclavos del mal, y para ser perpetuamente presa suya?

Pero miremos con mas atencion al Ajusticiado. Hé ahí tambien al hombre; pero el hombre tal como Dios le habia hecho, puro, inocente, libre de toda inclinacion perversa; su carne puede muy bien ser martirizada por el sufrimiento, su alma sometida á la prueba de mortales angustias; pero ni su alma ni su cuerpo reciben ninguna ofensa, padecen ningun menoscabo; el sufrimiento no los envilece, al contrario, los eleva á mayor altura de perfeccion que la que el Criador mismo pudo darles con todo su poder; los enaltece hasta el grado supremo de ese heroismo sobrenatural que, como dice la Escritura, regenera mas portentosamente la naturaleza del hombre que como habia sido creada por el poder di-

vino. Ya Satanás no será en lo de adelante el rey que nos uncirá á su carro triunfal con su horrible acompañamiento del orgullo, de las concupiscencias vergonzosas ó infames; no, no será sino Jesucristo resplandeciente con una celeste aureola de justicia, de paz, de santidad y de amor.

Rindamos humildes gracias á Dios Padre que nos ha alumbrado con su luz, que nos ha hecho dignos de tener parte en la herencia de los Santos; que nos ha arrancado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado, en el cual encontramos la redencion que nos ha adquirido con el precio de su sangre, y la remision de nuestros pecados.¹

CAPITULO XII.

—

La cruz ha depositado en el mundo un principio de bien bastante eficaz para luchar victoriosamente contra el principio del mal.

No era bastante para Jesucristo el haber acercado el hombre á Dios, colocándose como mediador entre el uno y el otro; no era bastante el haber preparado, vertiendo toda su sangre, la expiacion de todos los pecados cometidos y por cometer; era necesario para coronar su obra, para establecer su reino entre nosotros, que dejara en nuestras manos las armas destinadas á combatir el mal y á destruirlo, del modo que él lo habia expiado; porque no habia venido solamente á hacer al mal una guerra de expiacion, sino todavía mas, una guerra de destruccion. Con todo eso, si la primera par-

¹ Epíst. á los coloss., cap. 1.

te de la obra le habia sido reservada exclusivamente, no era lo mismo la segunda; ésta nos concierne especialmente: nosotros debemos una cooperacion activa al poder que nos sostiene y nos ayuda: nuestra libertad está llamada á luchar para reconquistar su pureza y su dignidad primera.

Hémos aquí ya en el punto principal de la cuestion que nos hemos propuesto como objeto preferente de este libro: la redencion terrestre del hombre. Hasta ahora, sondeando la profundidad del misterio, hemos seguido las maravillosas y secretas operaciones de Dios en la regeneracion de su criatura, y en el restablecimiento de los vínculos celestiales que ella habia roto por la perpetracion del mal; pero nos hemos quedado en las regiones invisibles de los consejos eternos, cuya sublimidad hemos admirado, sin que nuestra débil razon pudiese comprenderlos enteramente, y sin que nuestra vista humana sea bastante penetrante para discernir los inefables efectos que no nos serán revelados sino despues que hayan concluido los dias de nuestra prueba temporal. La sangre vertida por el amor de un Dios es la que nos asegura que hemos sido arrancados al poder de las tinieblas, que hemos reconquistado nuestros derechos en el cielo, y que obtendremos por los méritos adquiridos sobre la cruz, el bien supremo de la salvacion eterna. Pero aun no es esto todo: la mision del Hijo del Hombre no se ha limitado á las cosas de la vida futura; otra gran dicha es la que nos prepara; Jesucristo nos reserva todavía otros beneficios; y desde el mundo la humanidad debe experimentar la influencia saludable de su venida. De otra manera, ¿qué significarian todas las predicciones de los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento sobre el establecimiento del reino del Mesías en la tierra? ¿Qué significaria ese reino de Dios de que el mismo Jesucristo nos habla con tanta frecuencia, diciendo que ha venido á estar en medio de nosotros? ¿y la comparacion de ese grano de mostaza, imperceptible al principio, pero que vendria á ser un árbol inmenso que cubriria con su sombra toda

la tierra? ¿Qué significarian sobre todo esas bellas palabras de que nos ha formado una deprecacion: "Padre, que vuestro reino llegue, que vuestra voluntad se cumpla en la tierra como se cumple en el cielo?" El reino de Dios consiste evidentemente en la difusion progresiva y en la práctica mas y mas perfecta de la doctrina evangélica.

El imperio del Mesías no puede ser ese imperio material soñado por el orgullo de los hebreos, y fundado en el sometimiento de todas las naciones á una sola nacion: es un imperio moral establecido sobre el libre consentimiento de las voluntades, por la sola fuerza de la verdad y de la justicia, y á pesar de las violencias y persecuciones de la fuerza brutal. Pero si el mundo entero debe someterse á la ley evangélica, y constituir de este modo el reino de Dios, ¿no sacaria alguna ventaja temporal de esta sumision? ¿habria sido lo mismo para él haber permanecido en su estado precedente de anarquía moral? ¿A qué venia entonces promulgar el Evangelio? ¿No seria juzgado por estas palabras que él contiene: "El árbol se reconoce por sus frutos?"

La doctrina de Jesucristo debe hacer tambien la dicha de la humanidad, y volverle, tanto como sea posible, las prerogativas perdidas en el Paraiso terrestre, sin lo cual no seria mas que una doctrina estéril, indigna de un Dios. Pues si nos ponemos ahora á considerar las cosas que pasan en el cielo, y á examinar asimismo las profecías antiguas ó los milagros que se obraron lejos de nosotros, nos hallaremos frente á frente con la doctrina de Jesus: ella se presenta atrevidamente ante nosotros, desafiando la fuerza brutal, desafiando la ciencia, desafiando el tiempo, desafiando el espacio, y anunciando con la afirmacion mas absoluta, con una afirmacion que desconcierta á muchos espíritus, que fuera de ella no hay salvacion para la humanidad, que ninguna otra doctrina puede conducirla á sus verdaderos fines. No debe admirarse que esta pretension exclusiva haya escandalizado á los enemigos del Evangelio, y mas bien se concebi-

ria que se hubiesen regocijado; porque si despues de una seguridad tan firme, despues de tantas profecías formales de su inmortalidad, la doctrina de Jesucristo participase de las debilidades de las otras doctrinas, ella quedaria por el mismo hecho condenada, y caeria con mayor fracaso, con mas completa ruina. Por esto Gamaliel decia muy sabiamente á los judíos con respecto á los Apóstoles: "Cesad de perseguirlos, dejadles; que si su empresa viene de los hombres, ella se destruirá por sí misma."

Entretanto han trascurrido diez y ocho siglos, y la doctrina de Cristo no ha perdido nada de su seguridad: la impiedad la ataca, el mundo la rechaza, la indiferencia la desdeña; pero ella siempre de pié, á pesar de todas las tempestades, triunfando de todos los obstáculos, se estiende, se desarrolla, y cada dia se manifiesta mas luminosa, mas admirable para los espíritus que la meditan, viendo caer una á una á sus piés las doctrinas rivales que temerariamente la insultan prediciendo su próxima ruina!

No se han podido reconocer los beneficios del cristianismo porque concentrándose únicamente la atención en los desórdenes que han existido y existen aún entre los pueblos cristianos, no se ha querido comprender que estos desórdenes pertenecen al hombre, son propiamente obra suya, porque ellos proceden de la inobservancia y no de la práctica de la doctrina, que los reprueba y los prohíbe.

Es necesario no perder nunca de vista, si no se quieren hacer falsas apreciaciones, esta consideracion muy obvia y sencilla, y es que Jesucristo no ha venido á trasformar repentinamente á los hombres por la virtud de su poder infinito, porque entonces nuestra regeneracion habria sido inmediata y completa; Él no ha querido sino depositar en el mundo un principio de bien, un gérmen, una buena levadura, como la llama, que el hombre debe hacer fermentar por su cooperacion; pues que, segun el testimonio del Apóstol, nosotros somos los colaboradores de Dios; y por respeto á

nuestra libertad, como dice San Agustin, si Dios nos ha criado por sí solo, no nos salvará sin nosotros. El remedio está en nuestras manos, sepamos pues utilizarlo; por haberlo descuidado, desdeñado, rechazado, es por lo que la tierra está todavía tan al principio del camino de la perfeccion. Sabed pues, filósofos, políticos, socialistas que tan engolfados estais con la vanidad de vuestras pretendidas ciencias, que sin ese Jesus á quien no llamais en vuestras meditaciones, en vuestras investigaciones, en vuestros consejos, permaneceréis siempre impotentes para crear nada sólido, nada durable; edificaréis sobre movediza arena: escuchad sus palabras sagradas, ellas no son un rumor vano perdido en el vacío de los aires: "Aquel que no está conmigo, está en contra mia; aquel que no acumula conmigo, disipa."¹ Hasta aquí habeis tenido una desgraciada esperiencia: ¿qué remedio habeis aplicado á las miserias de la humanidad? Desconociendo su naturaleza, habeis agravado, como médicos imprudentes, el mal que queriais combatir; habeis favorecido la degradacion cuya marcha creisteis contener. Vosotros no habeis podido descubrir un sistema reparador, inventar una constitucion benéfica y capaz de mantenernos en la senda del verdadero progreso; la perfeccion humana ha ido alejándose siempre de vosotros como una vision engañosa, como una sombra que desaparece durante el sueño; y el mismo dia en que creiais poseerla, veia començar infaliblemente vuestra decadencia. Venid con nosotros al pié de la cruz; meditad religiosamente sobre este instrumento de un suplicio ignominioso; como un ilustre Santo en él aprenderéis mas que en todos los libros del mundo; y muy pronto heridos de la viva luz que alumbrará vuestra mente, reconoceréis que Aquel que está suspendido de esa cruz es vuestro Señor y vuestro Maestro; que en él solamente reside la salvacion que habiais buscado en otra parte inútilmente. Si algo de incomprensible, de extravagante tal vez en su doctrina, segun el lengua-

1 Evangelio de S. Lucas, cap. 11.